

**LAS MUJERES Y EL SILENCIO DE LA HISTORIA
UNA ENTREVISTA A MICHELLE PERROT**

Sara Beatriz Guardia

¿Existe una historia de las mujeres?. ¿Es posible afirmar que la experiencia femenina tiene - aunque no independiente a la de los hombres - una historia propia?. Fue Simone de Beauvoir una de las primeras en afirmar que toda la historia de las mujeres ha sido hecha por los hombres, y que por lo tanto el análisis de la condición femenina requiere de una antropología y de una historia inexistente hasta el momento. Más recientemente, Eric Hobsbawn confirma que es imposible, excepto dentro de límites muy estrechos, escribir la historia de un sexo separándolo del otro, del mismo modo que es realmente imposible escribir la historia de una clase separándola de la otra. Estamos, pues, frente a un campo que a través de diversos enfoques e interpretaciones, plantea nuevos modelos y categorías en el estudio y análisis de la historia.

Éste es precisamente el propósito que alienta la obra de Michelle Perrot, profesora emérita en Historia Contemporánea de la Universidad de París 7, quien dirigió con Georges Duby, *L'Histoire des femmes en Occident de l'Antiquité á nos jours*, (París: Plon, 1991-1992), el primer intento colectivo europeo por ubicar el lugar que ocuparon las mujeres en la historia. La obra se compone de cinco tomos - traducidos a varios idiomas - en cuya edición participaron cerca de cien investigadoras, y cuya edición en español apareció en diez tomos bajo el título de *Historia de las Mujeres en Occidente* (Madrid: Taurus, 1993).

Michelle Perrot es también autora de: *Les ouvriers en grève. France 1871-1890*; *Une histoire des femmes est-elle possible?* y *Les Jeunes ouvriers. De l'atelier à la Usine*. En su más reciente libro: *Les femmes ou les silences de l'histoire* (París: Flammarion, 1998), analiza las diferentes etapas de la investigación historiográfica, así como los debates que ha suscitado, las tensiones, dificultades e interrogantes. Su obra toda permite una aproximación a la condición de la mujer, su poder, su silencio y su palabra.

En los últimos años el reconocimiento de la existencia de una historia de las mujeres ha ido cobrando legitimidad como área de investigación y estudio. Sin embargo, usted inició esta búsqueda cuando todavía estaba en una fase inicial. ¿Qué la motivó a orientar sus trabajos en esa dirección?

La historia de las mujeres no fue mi primera preocupación. En los años cincuenta, cuando era estudiante, mi adhesión estuvo orientada hacia lo social y más particularmente hacia la clase obrera. Para una joven que venía de un medio católico en plena evolución política, constituía la imagen de la pobreza y de la opresión. El movimiento obrero me pareció entonces la fuerza ascendente y dinámica, la llave del futuro. El Partido Comunista, aureolado por su papel en la Resistencia de Francia, tenía un gran prestigio y los más brillantes intelectuales como Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir y muchos otros adhirieron a sus

postulados. El compromiso, palabra clave en esa época - ser un intelectual equivalía a estar comprometido - se situó en esa dirección. Es por eso que escogí trabajar en el mundo obrero y mi tesis trató sobre las huelgas en Francia en el siglo XIXⁱ. Pero ya desde esa época la cuestión femenina me preocupaba, tanto en el plano personal como en el científico. La década del cincuenta fue muy conservadora, aunque ya se había publicado el *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir (1949); en ese contexto, mi orientación estuvo dirigida a conocer el lugar que ocuparon las mujeres en los conflictos sociales y en el sindicalismo, y pude constatar hasta qué punto el movimiento obrero francés se había constituido dentro de los marcos del modelo de la virilidad que celebraba a la mujer como ama de casa. Ese fue quizá el punto de partida para dirigir mi mirada a la historia.

Es indudable que la obra de Simone de Beauvoir tuvo un gran impacto en las mujeres mucho tiempo después de que fuera publicado. Pero significó el punto de partida. En ese sentido, el movimiento feminista ha debido tener una notable influencia en usted, ¿o me equivoco?

Por supuesto que lo tuvo. Fue el Movimiento de Liberación de las Mujeres de los años setenta lo que constituyó para mí, como para otras mujeres, la revelación. Desde la universidad, como profesora de la Universidad de París 7, tuve la posibilidad de ejercer una cierta orientación en materia de la enseñanza y la investigación, decidida ya a romper el silencio de las mujeres olvidadas por la historia. En 1973, con dos colegas, Pauline Schmitt y Fabienne Bock, iniciamos un curso titulado: "¿Tienen una historia las mujeres?", cuyo nombre sugiere que no estábamos realmente muy seguras de que la tuvieran. Pero ya en 1982 realizamos un gran coloquio que reunió a cerca de mil investigadoras en Toulouse sobre el tema: "Investigaciones sobre la mujer y estudios feministas", y en 1983 organizamos otro titulado: "¿Es posible una historia de las mujeres?"ⁱⁱ. Posteriormente, en 1992, publicamos *La historia de las mujeres en Occidente*. Pero es necesario subrayar que ésta es una obra colectiva, un esfuerzo compartido para hacer de las mujeres un objeto de estudio y convertirlas en sujeto histórico de su propia historia.

¿Y cómo ha orientado sus investigaciones para que las mujeres se conviertan en sujeto histórico?

En mi investigación y en mis ensayos, las mujeres se han convertido en personajes centrales, sin que esto quiera decir que haya abandonado mis anteriores preocupaciones, sino que, por el contrario, intenté complementarlas. Al menos en un primer tiempo, puesto que después la historia de las mujeres se convirtió en una tendencia que absorbe toda mi energía. He procurado suscitar, orientar y organizar las investigaciones en torno a las mujeres y su historia a través de seminarios pluridisciplinarios y en la dirección de maestrías y tesis. En ese sentido, he contribuido a crear un campo de investigación universitaria. Así mismo, la dirección de *La historia de las mujeres en Occidente*, con George Duby y todo un equipo, entre 1988 y 1992, marcó un tiempo de cristalización. Significó un formidable trabajo colectivo con otras mujeres, una renovación de la problemática y una gran conmoción intelectual. Fue también la ocasión, única, inesperada, de conciliar preferencias intelectuales, políticas y existenciales. Al movimiento de mujeres le debo mucho.

Cuando usted decidió escribir ese libro, ¿imaginó el efecto que podría tener en mujeres de otros países donde esa investigación es casi inexistente?

No en un comienzo. Además, es justo decir que la iniciativa de *La Historia de las mujeres en Occidente*, no provino de nosotras sino de Laterza, un editor italiano. Sorprendido por el éxito de *La historia de la vida privada*ⁱⁱⁱ que tradujo en Italia, preguntó a George Duby prestigioso historiador francés de la Edad Media que dirigió ese libro en el que yo había colaborado^{iv}, ¿Por qué no una *Storia della Donna*?. Este deslizamiento de lo "privado" a la "mujer" es bastante significativo. George Duby le respondió que era una excelente idea y que colaboraría con mucho agrado, pero que era necesario que yo me uniera al proyecto, porque sabía que nosotras conformábamos un equipo que trabajaba en ese tema desde hacía varios años. Cuando me lo propuso dudé mucho, porque creía que en el estado en que se encontraban nuestras investigaciones era prematuro enfrentarse a una síntesis. Consulté con mis colegas y amigas, aquéllas que constituyeron el equipo de dirección: Pauline Schmitt, Christiane Klapish-Zuber, Arlette Farge, Natalie Zemon-Davis, Geneviève Fraisse, Françoise Thébaud, y después de discutirlo decidimos aceptar. Teníamos el presentimiento de que era una oportunidad que se nos ofrecía y que quizá no la volveríamos a tener. El riesgo valía la pena. Así que elegimos un largo período, de la Antigüedad a nuestros días... Además, fue durante un coloquio que tuvo lugar en Ginebra que Pauline Schmitt y yo - cuestionadas por un joven argelino que nos reprochaba presentar como universal el modelo de la mujer occidental - decidimos añadir al título "en Occidente". Era necesario poner un límite en las investigaciones para que no se creyera que estábamos refiriéndonos a las mujeres de todo el mundo.

Tengo entendido que en España se criticó de alguna manera el libro.

Sí. Nosotras percibíamos confusamente varias cuestiones: que la noción de Occidente era oscura, vaga, constrictiva; que el Occidente mismo está penetrado de influencias extra-occidentales: orientales, africanas, amerindias. De lo que nosotras, es verdad, hemos hablado muy poco. Y esto fue reprochado duramente por los historiadores de España que tuvieron que añadir a la edición española capítulos relativos a la influencia de la conquista sobre la condición de las mujeres, de una parte y otra del Atlántico. Yo estoy consciente de que esta debilidad referente a las influencias y mestizajes es el punto ciego de esta historia. Pero hay que reconocer que no ha sido nada fácil escribirla. Ahora bien, ¿sabíamos que este libro podría tener efectos (adhesiones y críticas) en las mujeres de otros países?. No de inmediato, en todo caso; pero sí luego, en la medida en que muy rápidamente la obra fue objeto de varias traducciones y provocó distintas reacciones. En particular, tres países reaccionaron rápidamente y con manifiesto interés: Brasil, Marruecos y Japón. Este último tiene desde entonces dos historias de mujeres en proceso, una más antropológica y la otra más política. Pero lo que sí estuvo muy claro para nosotras es que nunca nos propusimos ofrecer un "modelo", sino antes que nada incitar a las mujeres de otros países a que escribieran su propia historia, de acuerdo a los respectivos contextos cultural, social y político que les son propios. Teniendo lógicamente bien entendido que estamos abiertas a su crítica. En todo caso, tuvimos la idea de una solidaridad potencial con un desarrollo posterior que nos parece, en verdad, ineluctable, en tanto estamos convencidas de

que la dimensión histórica forma parte de una conciencia de identidad en germen, que pertenece a todas las mujeres del mundo.

Arlette Farge anota que la historia de las mujeres toma impulso a partir de los setenta con el feminismo, el auge de la antropología, la historia social y la historia de las mentalidades, así como de las nuevas investigaciones de una memoria popular. ¿Cree usted que actualmente se ha llegado a un punto donde es posible reescribir la historia?

En principio, nosotras no nos hemos hecho esta pregunta a propósito de la cronología en el discurso histórico, aunque Ivonne Knibiehler sitúa el problema en *¿Es posible una historia de las mujeres?*. Claro que eso sería deseable, pero habría que identificar las fechas cruciales de la relación entre los sexos, los momentos de ruptura, de avance y de recomposición de roles, para lo cual no contamos con los medios. Además, es posible que ambos sexos sean tributarios de las mismas sanciones del tiempo, de un tiempo sometido a la dominación política de los hombres. Pero al menos podemos introducir nuevos cuestionamientos, situar obstinadamente la cuestión femenina y la diferencia de sexos en todos los niveles del discurso y de las representaciones, de la teoría y de la práctica, de la política y de lo cotidiano, de lo sagrado y lo profano, del saber y del poder. Interrogarnos sobre el significado que tuvo para las mujeres el Renacimiento, la industrialización, las migraciones, la colonización, las revoluciones y las guerras. Y si hubo brechas por las cuales las mujeres pudieron introducirse en el espacio público del que estuvieron la mayor parte del tiempo excluidas. Cuestionamientos que conducen a modificar considerablemente el discurso histórico y a tomar en cuenta dimensiones ignoradas. Es decir, situar la diferencia de sexos, significa necesariamente escribir otra historia. Subvertirla desde el interior. No sólo con un cambio de la cronología general sino mirando de otra manera las civilizaciones, las culturas y los períodos de la historia.

Lo cual implica un cambio de los valores sociales, la transformación de los supuestos históricos, y la concepción según la cual las actividades masculinas son decisivas, mientras que las ejercidas por las mujeres carecen de trascendencia. Es también una forma de democratizar la sociedad. ¿Lo cree así?

El discurso histórico es una construcción, producto de la mirada que el historiador dirige al pasado. Es una revelación modelada por sus interrogantes presentes y su sistema de valores. En consecuencia, la existencia misma de una historia de las mujeres indica que su lugar ha cambiado dentro de la sociedad, que se las toma más en serio y que han salido del silencio que las negaba como resultado de sus esfuerzos. La existencia de una historia de las mujeres es en sí una forma de democratización. Con la inclusión de las mujeres, aspectos importantes de la vida se han integrado al discurso histórico: la familia, lo privado, el cuerpo, la intimidad, la casa, la vida cotidiana, las prácticas cotidianas, la manera de sentir, de amar, de sufrir. Es como si la luz de una lámpara iluminase los ángulos muertos que ahora relumbran, puesto que las mujeres están por definición en los recovecos de la historia. Es verdad que los historiadores de "la nueva historia" (nombre que se ha dado en Francia a la tercera generación de la Escuela de los Anales de los años 70) ya habían abordado ampliamente estas cuestiones. A veces, sin hablar incluso de

las mujeres. Es así que hemos visto desarrollar una historia de la familia o de la alimentación sin las mujeres. Porque lo más difícil es salir de un pseudo-universal (deseable, cierto, pero no real) para introducir una dimensión sexuada.

Tome, por ejemplo, la historia de los jóvenes que ha aparecido recientemente^v. La mayoría de los autores tienen la tendencia de pensar en "la juventud" como una categoría masculina, porque ha sido efectivamente pensada políticamente como tal en el siglo XIX europeo. Pero, ¿qué paso con la adolescencia de las mujeres?. ¿Qué significaba ser una joven en esa época? ¿Qué educación y qué instrucción recibían? ¿Cuáles fueron las prohibiciones que tuvieron que soportar? ¿Cuál era el grado de libertad que tenían? ¿Cómo podían acceder al trabajo?. Se trata aquí de cruzar las edades de la vida con el sexo y con la categoría social, porque no era lo mismo ser una joven en el mundo rural o en la burguesía urbana que en la clase obrera.

De esta manera, el discurso histórico se complejiza. Abarca más y más ámbitos, tanto en esta descripción como en sus interrogantes: ¿Cuáles fueron los motores y el efecto del cambio? ¿De qué manera es posible unir lo político, la economía y lo sexual? ¿Qué significa el poder? Escribir la historia de las mujeres, es tomar conciencia de la cultura en la construcción de la diferencia de sexos, tanto de lo femenino como de lo masculino. Es ver la política, la religión y lo simbólico de manera diferente. Las mujeres no son por sí mismas portadoras de nuevos valores, pero puesto que su emancipación se inscribe en el contexto de un proceso democrático tienden a inclinarse más bien en esa dirección.

En esa perspectiva, la historia de las mujeres se presenta como un elemento de cambio para las mismas mujeres; es decir, el hecho de saber que tienen una historia propia produce un efecto a nivel de la conciencia.

Eso es definitivo. Durante mucho tiempo las mujeres han permanecido olvidadas de la historia, pero recientemente han conquistado su derecho a la historia y este proceso forma parte de un proceso de identidad. Esto es de alguna manera un símbolo. Escribir la historia de las mujeres significa muchas cosas. En primer lugar, reencontrar los trazos perdidos, borrados, negados, de aquellas mujeres excepcionales que rompieron tabúes franqueado barreras y límites; de aquellas mujeres anónimas que tuvieron que luchar y ser golpeadas para vivir; de aquellas mujeres del movimiento de mujeres, del y de los feminismos, tan rápidamente olvidadas. Las mujeres tienen derecho a su propia historia y a comprender su historia-batalla. Escribir la historia de las mujeres es también intentar comprender el mundo introduciendo en la trama del tiempo la diferencia de sexos y situando la cuestión de la dominación masculina que los antropólogos, sociólogos e historiadores nos dicen que es fundamental. Es, por consecuencia, introducir un principio de no-aceptación de la desigualdad de los sexos, de la violencia que se ejerce contra las mujeres y principalmente sobre sus cuerpos, violencia que continúa siendo muy fuerte. ¿Por qué el genocidio de las niñas pequeñas? ¿Por qué la violación de las mujeres es a menudo considerada como normal? ¿Por qué las mujeres son el blanco de los integrismos religiosos? ¿Por qué están en la categoría de las más pobres, de las menos alfabetizadas? ¿Por qué la desigualdad persistente marca su destino? ¿Cuáles son los mecanismos de esa dominación y sobre todo en sus formas menos duras? ¿Cómo se produjo la sumisión? ¿Cuál es la función del consentimiento a menudo utilizado como pretexto?. ¿Por qué las mujeres han

estado durante tanto tiempo (y continúan estando hasta ahora) excluidas del ejercicio del poder político?. ¿Qué papel juega la celebración de sus encantos y de su belleza?

Entonces la historia de las mujeres constituye un paso decisivo para su emancipación.

Por supuesto. La historia de las mujeres es un signo y un instrumento de liberación del conjunto de las mujeres en tanto género. Pero también de las mujeres que aspiran a convertirse en individuos, porque les ofrece elementos de comprensión sobre sus madres, sobre ellas mismas, sobre su propia vida. La historia permite a las mujeres situarse mejor en el espacio y en el tiempo, conocer la medida de su opresión y de sus obligaciones, así como de sus responsabilidades. La historia les dice a las mujeres que no están solas y que tienen un futuro.

.

ⁱ Michelle Perrot. *Les ouvriers en grève (France 1871-1890)*. París, Mouton: 1974.

ⁱⁱ Michelle Perrot (Dir). *Une histoire des femmes est-elle possible?*. París, Rivages: 1984.

ⁱⁱⁱ Philippe Ariès et George Duby. *Histoire de la vie privée*. París, Le Seuil: 1985-1987 (cinco volúmenes de la antigüedad a nuestros días).

^{iv} Michelle Perrot dirigió el cuarto tomo consagrado al siglo XIX.

^v Giovanni Levi - Jean Claude Schmitt. *Histoire des jeunes en Occident*. París, Le Seuil: 1996 (Michelle Perrot ha colaborado en el Segundo Tomo con "Las jóvenes obreras. Del atelier a la fábrica" donde demuestra la diferencia de sexos en el mundo obrero durante esa época de la vida).